

RECUERDOS DE UN ESTANCIERO

La rabia en los perros — Los ginetes mal humorados

POR CARLOS LEMÉE

En Europa, el pueblo de las campañas atribuye la rabia en los perros á la falta de agua. En la provincia de Buenos Aires, cuando un perro abandona la casa de su dueño, los paisanos dicen: rabió.

Por mi parte, ignoraba que los perros abandonasen á veces repentinamente la casa de su dueño para no volver más; pero el caso se ha producido en mi propia casa y en las circunstancias siguientes:

Había comprado el rancho de un vecino que mudaba de campo, y los peones que mandé á desarmarlo encontraron adentro una perrita de cría grande, cachorra, que trajeron á la estancia. Las perras son animales incómodos y nunca había querido criar ninguna, pero hubiera sido más que crueldad matar esa pobre huérfana abandonada, y resolví criarla. Viéndola tan gorda, tan redonda, la llamé *Boulotte*. Sea que encontrasen el nombre de pronunciación difícil ó poco eufónico, los peones lo modificaron y la llamaron *Bolata*.

Bolata me probó que las perras son mucho más inteligentes que los perros. Sin habernos puesto de acuerdo, todos los de casa, peones y patrones, no hacíamos caso si, ladrando los demás perros, no ladraba la perra, mientras si ladraba *Bolata*, aunque no ladrasen los perros, estábamos seguros de que andaba gente ó animales y nunca nos engañó. Era además muy cariñosa y nunca se retiraba de la casa.

Un estanciero vecino tenía dos perras y un perro ñatos, de la raza grande, y ofreciome uno. Pero, en esa raza, hay una desproporción considerable entre los cachorros al nacer y la madre: nacen del tamaño de los gatitos y la madre, demasiado voluminosa los aplasta. La naturaleza parece haber querido limitar la multiplicación de esos animales, muy inútiles por lo demás. De modo que no obstante las pariciones frecuentes de sus dos perras, no fué sinó al cabo de uno ó dos años que mi vecino pudo darme el animal que me había ofrecido, y así mismo fué una perra.

Como la recién llegada era de cría guerrera, la llamé *Belona*. Los primeros meses se pasaron bien, pero cuando *Belona* se hubo desarrollado empezó á reñir con *Bolata*. Esas riñas se volvieron cada vez más frecuentes y más encarnizadas, hasta que un día se trabaron en un combate á muerte. No había más gente en la estancia que la cocinera y un muchacho que cuidaba una de las majadas; además la pelea tuvo lugar demasiado lejos de las casas para poder acarrear agua, de modo que les fué imposible apartarlas y los dos animales pelearon hasta que el cansancio los separó. Cuando llegué del campo, encontré á *Belona* detrás de la cocina, llena de sangre y de tierra, lamiéndose las heridas. En

cuanto á *Bolata*, no estaba en la casa. No había cardos en el campo, la perra era blanca, con algunas manchas negras en las orejas, y por consiguiente fácil de distinguirla de lejos; asimismo los pastores la buscaron por todas partes, preguntaron por ella á los vecinos y todo fué inútil: nada pudimos saber de ella y no la volvimos á ver.

¿Qué perturbación tan profunda hubo en ese pobre animal tan cariñoso que le hizo abandonar repentinamente las personas que tanto había querido, á la casa donde se había criado, el solo lugar que conocía, para arrojarlo en lo desconocido y entre desconocidos? Misterio!

El año siguiente presencié otro caso. Un carretero, á quién ocupaba á veces, tenía un hermoso perro barcino que llamaba *Tigre* y le era muy útil, porque durante sus ausencias continuas el perro cuidaba de su familia y de su rancho. Cierta día un quintero, que tenía también un perro de presa, se estableció en el campo lindero y los dos perros no tardaron en pelear: un día se agarraron en circunstancias que los hombres habían salido, y sin que las mujeres y los niños de las dos casas pudiesen separarlos. Cuando volvió el carretero á su casa, su perro había desaparecido y nunca pudo encontrarlo ni vivo ni muerto, ni persona que le diese noticias del animal.

Cuando hablé con hombres de campo de estos dos episodios que me sorprendieron muchísimo, me dijeron que esas desapariciones de perros sucedían de cuando en cuando y todos las atribuían á la rabia. Como uno se olvida siempre de algo, me olvidé de preguntarles si las desapariciones que habían presenciado sucedían después de una pelea ó no, y hoy lo siento, porque es compilando con exactitud muchos casos con todas sus particularidades que podría llegarse á deducir la ley.

* * *

Tuve varios años en la estancia una familia criolla, muy buena gente. El marido, *ño Pancho*, era taciturno y poco inteligente, pero entendido en los trabajos de campo y me ayudaba en la dirección; la mujer, *Bartola*, muy inteligente y activa, hacía la cocina. Su hijo, *Pedrito*, que había tenido de su primer matrimonio, cuidaba una de las majadas. *Pedrito* podía tener de 20 á 25 años; era de estatura mediana, robusto y bien proporcionado. No tenía ninguna disposición para los ejercicios físicos: en cuanto había encerrado su majada, se sentaba en la cocina con su madre y se ponía á leer almanaques, pedazos de diarios ó libros que le prestaba de cuando en cuando. No corría carreras ni apuraba los caballos como los mozos de su edad, de modo que los animales que ensillaba hubieran debido estar en buen estado, y sin embargo sucedía todo lo contrario. No explicándome eso, un día que estábamos tomando caballos en el corral, lo hice notar á *ño Pancho*, quien me dijo: "cómo no, si *Pedrito* es un muchacho mal humorao.—¿Y qué entiende Vd. por mal humorado?—Porque seca los caballos, pues.—¿Y cómo puede secar los caballos?—Porque es mal humorao, pues." Viendo que no iba á poder sacarlo á *ño Pancho* de ese círculo, me dí por sa-

tisfecho de su explicación y resolví hablar con Bartola, la que me dijo poco más ó menos lo siguiente:—“Hay hombres que secan los caballos que ensillan, aunque los traten con el mayor cuidado, y nosotros los paisanos, decimos que son mal humoraos, porque creemos que esta es la causa que hace que sequen los caballos.” En cuanto Pedrito empezó á montar á caballo, muy niño todavía, ya notamos que era mal humorao.”

¿De qué afección padece el hombre así organizado? ¿cuál es la que comunica á los caballos? No lo sé. No he tenido ocasión sinó una vez de hablar con un médico de esa particularidad de los jinetes mal humorados. Fué en una inspección de las escuelas rurales de un partido del Norte de la Provincia, que efectuamos los miembros de la Municipalidad, acompañados del cura y del médico del lugar. No obstante el caso que le cité y otros varios que le citó el Presidente de la Municipalidad, criollo neto, carrerista empedernido, uno de los hombres mas amables y más espirituales que he conocido, el médico negó la existencia de una organización que pudiese influir sobre la salud de los caballos que montaba el sujeto.

En nuestra campaña escolar pasamos cerca de la estancia de un rico irlandés, que había comprado hacía poco varios campos linderos con el suyo. Al verla, el cura dijo: “Hé ahí la estancia de D. Fulano que se propone comprar el Partido entero.—La verdad, añadió uno de los municipales, es que muchos no ven con gusto que todos los campos que se ponen en venta los compren los extranjeros.—Y no pasa de ser una tontera, contestó el Presidente; yo les digo siempre á mis paisanos: déjenlos á los *gringos* que compren campos, no los han de llevar á su tierra.” Rivadavia no hubiese tratado la cuestión con más profundidad, y dudo que con tanta gracia.

Después de un día de labor, pero amenizado por entreactos que alegraba la verba festiva y espiritual de nuestro Presidente, llegamos de vuelta al pueblito; tomé mi caballo, que había dejado en el corralón de la Municipalidad, y venía galopando descuidado para la estancia, cuando el pangaré rodó y me tiró lejos. Como me levantara atontado por el porrazo, una mujer que no conocía y probó conocerme muy bien, me gritó de la puerta de un rancho cercano:—“Para que Vd. haga componer los caminos!” La verdad es que si todos nuestros electores tuviesen ideas tan claras como esa criolla sobre los deberes de los que desempeñan cargos públicos, las cosas no andarían peor de lo que andan.

